

generación; y así fueron procediendo en los demás dioses, necios y disparatados, que según estas fábulas gentílicas, se derivaron de las fuerzas y afectos del ánimo.

Pero dado caso que estos hombres llevados de su desvariado discurso errasen en el conocimiento de Dios y se aprovecharan mal de la lumbre natural que les había puesto en el alma, para conocerle en el modo y manera que el entendimiento puede, obscura y confusamente, y siendo apartados de la gracia y llevados de su solo parecer, siguiesen este camino errado, hubo otros que diferenciándose de éstos y apartándose de parecer tan desatinado, metidos en el discurso de la razón, consideraron la milagrosa hechura y disposición del universo y la providencia y orden de la naturaleza, llamaron al que lo crió y hizo de nada, Dios,² como ya hemos visto en los capítulos pasados, refiriendo a Cicerón, el cual se ríe también de los que dijeron que el ánimo del hombre era Dios; y prueba lo contrario con decir que a ser Dios, no ignorara cosa, por ser una de sus condiciones tener entera noticia de todo; y vemos que es ignorantísimo el ánimo de el hombre; luego no es Dios. Y esto, la misma verdad lo enseña, aunque Cicerón no lo dijera; y Dios, según San Isidoro,³ quiere decir *temor*, como lo colige de la lengua griega, que pertenece propiamente a la Santísima Trinidad, Padre y Hijo y Espíritu Santo, como dice el mismo santo, a la cual Trinidad santísima se refiere y atribuye todo lo que de Dios se puede decir y notar y el temor de Dios es muy propio en los que le sirven y honran y reverencian. De donde se colige el yerro de los que tales dioses fingieron, y se conoce cuán poco vale el hombre sin Dios, pues sin su verdadero conocimiento, y no llevándolo por guía en todas las cosas, da de ojos en semejantes y tan perniciosos errores.

CAPÍTULO V. *Que trata de cuando tuvo principio la idolatría en el mundo; y de la maldad de los primeros hombres de aquel siglo antes de el Diluvio*



OSA ES CIERTA Y AVERIGUADA que el primer hijo que en la naturaleza humana se conoció engendrado y nacido de los primeros padres del mundo fue Caín, hombre (según nos lo dice la Sagrada Escritura) agreste y mal disciplinado, en el cual (como dice San Agustín, en los libros de la *Ciudad de Dios*) tuvo principio la maldad; y Josepho, en los libros de *Antigüedades*,¹ dice palabras harto encarecidas de él y de los suyos, que por serlo tanto las pondré formalmente. Caín (dice) era malísimo y no cuidaba de otra cosa sino de su solo interés, por el cual viéndose menos admitido a la gracia y amistad de Dios, por el poco caso que hizo de su

² Lib. 2. de Nat. Deor.

³ Lib. 7. Ethymol. cap. 1.

¹ Ioseph. lib. 1. c. 4.

sacrificio, mató a su hermano Abel. Y un poco más abajo, en este mismo capítulo, dice: La generación de Caín era nequísima y sumamente mala; y unos peores que otros, sediciosos, alborotadores, amigos de disensiones y guerras, prestos y liberales a los ladronicios y robos; y si alguno de éstos no se inclinaba a matar a otro, era cierta su inclinación para otras maldades, haciendo agravios a otros y permaneciendo por todo el discurso de su vida avarientos del bien ajeno. De manera (dice Josepho en unas palabras antes de éstas) que el haber parecido Caín ante Dios, y haberle tomado cuenta de la muerte de su hermano Abel, y haberle disimulado por entonces y puéstole señal de su pecado y dejándole vivir la vida mortal, libre y graciosamente, todo esto no le valió para convertirse a él y para darle gracias por aquel presente perdón, y para amarle, como a quien tanto amor le debía, sino que antes tomó ocasión de esta clemencia y misericordia para desesperar de ella y partirse de la cara de Dios más obstinado, y apartarse de su padre Adán a tierras diversas, donde vivió con la soltura y libertad referida y dicha.

De esta tan general licencia que Caín se había tomado para vivir mal, y la que con su mal ejemplo dio a sus hijos y nietos y a todos los demás que procedieron de él y de ellos, nació un tan gran desconcierto de la vida y una perdición tan extraña de costumbres, que ya los hombres de aquella generación y siglo más parecían desconcierto y descomposición de la naturaleza humana que hombres nacidos y engendrados de ella. Por lo cual a pocos años después de la creación del mundo, vino a tanta ceguera el linaje humano, que comenzó a desconocer al verdadero Dios y adorar al demonio, a quien ya por dios reconocían. La prueba de que en aquellos tiempos comenzase la idolatría, es tenida por cosa averiguada en la misma Sagrada Escritura y por dichos de autores doctos y graves, entre los cuales es uno, el doctísimo Genebrardo en su *Cronicón*,² donde dice, que en tiempo del patriarca Enós, hijo de Seth y nieto de Adán, comenzó este detestable culto idolátrico. Lo cual se funda en aquel lugar del *Génesis*,³ donde dice: *Iste capit invocare nomen Domini*: que éste comenzó a invocar el nombre de el Señor.

Cosa cierta es que no entonces se comenzó a llamar a Dios por los hombres; pues sabemos que Adán le invocaba; y Abel fue muerto por su invocación y sacrificio que le ofreció; y que Seth, hijo de Adán, fue bueno y que también lo invocaría, del cual dice Suidas que fue llamado de los hombres de su tiempo Dios; lo uno, por su excelente justicia, bondad, piedad y santidad; y lo otro, por haber sido padre de las letras y ciencia astrológica y celestial. De manera que Dios no era olvidado de todo punto ya de los hombres, mayormente que hasta el tiempo de Enós no habían pasado más de cuatrocientos y treinta y cinco años de la creación del mundo, según cuenta de Josepho,⁴ y San Isidoro en sus *Ethimologías*,⁵ porque a los dos-

² Genebrardo lib. I. Chronic.

³ Genes. 4. vers. fin.

⁴ Joseph. lib. 1. cap. 4.

⁵ Div. Isidor. lib. 5. Ethymol. cap. 39.

cientos y treinta años de la creación de Adán, engendró a Seth; y Seth a Enós a los doscientos y cinco de su nacimiento, los cuales dos números hacen dicho de cuatrocientos y treinta y cinco, en cuyo tiempo se comenzó por él esta invocación. Querrá, pues, decir que comenzó a invocar el nombre de el Señor pública y solemnemente, como el mismo Genebrardo lo nota. Y Oleastro, sobre este mismo capítulo 4 dice, que en tiempo de Enós comenzó a ser Dios honrado y reverenciado públicamente, y hace este discurso. En el tiempo que Adán y Abel y Caín vivieron fue llamado e invocado el nombre de el señor Dios; pero muerto el santo e inocente Abel, como Caín fuese ya apartado de la cara de Dios y él se hubiese desterrado de su presencia, ya no curaba de invocar su nombre santo, ni acordarse de él; y lo mismo corría por los de su familia; y así andaban, como gente sin dueño y hombres que no temían a Dios. Nació, en este tiempo, Seth, hombre bueno y comenzó a extenderse su generación, entre los cuales fue el primero Enós, en cuyo tiempo comenzó de nuevo a invocarse su santo nombre, cosa ya olvidada por la familia dicha de Caín, la cual, olvidada del Dios verdadero, había comenzado a idolatrar; pero qué género de idolatría haya sido, no se expresa; de creer es que sería adorar a alguna criatura por Dios, cosa repugnante a la verdadera adoración.

De esta manera y por este modo fue creciendo la maldad de los hombres de aquellos tiempos; y llegó a tal punto que obligó a Dios a que arrepentido (si arrepentimiento puede caber en Dios) dijese: Péame de haber hecho al hombre, como se refiere en el *Génesis*.⁶ Y dice la Sagrada Escritura que dijo estas palabras, con muy gran sentimiento de corazón; y es la razón, porque habiéndole criado para sí, y viéndolo esclavo del demonio, sentía con interno sentimiento su perdición; y que tan desacatadamente se le hubiese ido a la cara y entregado al demonio. Y creciendo esta maldad, con el discurso de tiempo, y corriendo en general por todos, determinó Dios destruir el mundo, no dejando en él más que a Noé, con su mujer y hijos y nueras, para que por ellos fuese otra vez restaurado, después que fuese purificada la tierra por las aguas de el universal Diluvio, dejando a éstos solos, como a buenos y escogidos de su misericordia, para este fin, determinando destruir a todos los demás, como a hombres perdidos y bestiales; porque a ser buenos, como salvó Dios a Noé y a los que con él quedaron en el Arca, salvara también a ellos por parecer agravio que podían recibir, si algunos buenos quedaran, en perecer con los malos y anegarse en las aguas de aquella inundación; porque aquel anegamiento era en castigo de culpas y pecados, y siéndolo y pereciendo en él los buenos, parecería castigo que en ellos se hacía de las culpas que no debían; y no es nuestro buen Dios de condición que quiere que los suyos estén en mala reputación, siendo como son buenos; y así pienso y tengo para mí (salvo mejor juicio) que no había hombre bueno, de todos cuantos vivían en aquellos tiempos últimos de la inundación, si no son solamente los dichos; y que si los había, les aceleró Dios los días de la vida, porque muriendo muerte natural fuesen

⁶ Genes. 6.

en paz y no les contaminase la maldad, ni el castigo de los malos y pecadores, como dice Salomón, que acostumbra Dios hacer con el justo, sacándolo con aceleración de la vida mortal que vive. Y puédesse probar esta razón, con lo que dice el mismo Salomón en el *Libro de la sabiduría*,⁷ adonde tratando de el Arca de Noé, dice: Bendito sea tal madero, por el cual se hace la justicia. Y declara Nicolao:⁸ que siendo muertos y anegados por el Diluvio todos los pecadores, se salvaron solos los justos en aquella Arca; de donde se colige que no había más que aquéllos y sabemos que Enoch fue trasladado, y no nos dice la Sagrada Escritura de otro.

Esto se prueba más eficazmente con lo que se sigue. Cuando Dios mandó que los tabernáculos y mansiones de los hijos de Israel, que estaban junto de las de Choré, Datán y Avirón, se apartasen, y todas las gentes sus vecinas, fue porque cuando se abriese la tierra y los tragase con sus familias y tiendas (como se hizo) no peligrasen con ellos otros que no eran comprendidos en sus culpas; porque no pagasen entonces justos por pecadores, quiero decir: los que no lo debían, juntamente con los culpados. Y así lo siente el glorioso padre San Agustín, declarando aquella letra, por estas palabras: Hase de notar (dice el glorioso santo) que entonces manda Dios que se aparten unos de otros, por apartamiento corporal, cuando ya está cerca la venganza. A Noé le manda entrar en el Arca con su mujer y hijos, cuando quiere anegar el mundo.⁹ A Loth, lo, saca de Sodoma, queriendo abrasar la ciudad. A los de su pueblo, sacándolos de Egipto y pasándolos el mar, tras ellos luego ahoga a los egipcios que los seguían.¹⁰ Y así sucede ahora, que manda apartar a los vecinos de estas tiendas, para destruir a los moradores de ellas; porque aquellos que no lo deben no lo paguen. No los manda (prosigue luego el mismo santo) apartar cuando sólo hacia las amenazas, cuando dilatava el castigo, o cuando lo ejecutaba, sin daño ni lesión de los inocentes y libres de la culpa que se cometía, por la cual se ordenaba el castigo. Como fue en los mordidos de las serpientes o en el estrago de los que morían, los cuales morían quedando otros vivos y sanos. No de esta manera aconteció en las aguas del Diluvio, o en el incendio del fuego, o en las aguas del mar, o en la abertura de la tierra, en las cuales partes pudieran peligrar los justos e inocentes con los culpados y pecadores y ser participantes del castigo (meritamente dado a los malos) no habiéndolo sido de la culpa. No porque Dios no pudiera salvarlos y librarlos de aquel peligro, que en Dios no se pone flaqueza alguna de poderío, sino porque no había necesidad en aquella obstentación de milagro, pudiendo hacerse este castigo en los unos, sin daño de los otros, con sólo apartamiento de los cuerpos y no quedándose al peligro o del agua o del fuego o de el tragamiento de la tierra, estando puestos en el mismo peligro. Éstas son palabras formales del glorioso padre Augustino, recibidas en la glosa sobre este mismo lugar. De manera que según sentencia de este excelentí-

⁷ Sap. 14.

⁸ Lira.

⁹ Genes. 7.

¹⁰ Exod. 14.

simo doctor, aparta Dios nuestro señor los buenos de los malos, en los castigos que quiere hacer en ellos; porque los buenos no sean comprendidos en penas que no merecieron, por no haber sido participantes en las culpas por las cuales los tales castigos se ordenan.

Esto prueba también aquel lugar del *Génesis*, donde Dios da razón a su amigo Abraham del castigo que va a hacer a Sodoma y a las otras cuatro ciudades sus convecinas, donde habiéndole descubierto su pecho y díchole que el clamor de los sodomitas y gomorros se había multiplicado, dando voces, y que sus pecados eran graves, porque cada día se iban agravando más, por lo cual quería castigarlo, dice el texto sagrado¹¹ que le dijo Abraham: Por ventura, Señor, ¿habéis de castigar al justo con el pecador? ¿Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, perecerán juntamente y no perdonaréis a los demás por estos cincuenta justos si los hubiere? No se diga tal (Señor) de vos, que matáis al justo con el pecador, y que el justo sea hecho como el pecador, y malo. Todo esto quiere decir Señor, siendo vos tan justo y recto, en vuestros secretos juicios y rectísimas sentencias, no se ha de creer, que queriendo castigar al pecador y malo, queráis llevar a las vueltas con él al justo y bueno, sino que si uno lo hace, aquél solamente lo pague; excusando de este castigo al que no es digno de él, por no haber cometido la culpa del otro, ni menos es comprendido en su malicia y pecado. Así concluye luego. No sois de esta condición que juzgáis toda la tierra; quiere decir: sois tan justo y tan recto, que no condenáis al que lo es, con el que es injusto y malo. Y así sienten todos los doctores, que declaran este lugar, no haber en aquellas ciudades ningún bueno, ni justo, sino Loth y su casa, como lo siente el doctísimo Lira. Y Alcuino (recibido de la glosa) dice, que cuando se entienda esta petición del patriarca Abraham de sola la ciudad de Sodoma, no importa; porque sabía Dios que ni aun diez justos había en ella. Y luego dice la misma glosa: sabía Dios que en aquella ciudad no había un solo justo, fuera de Loth. Luego bien se sigue, según lo dicho, que cuando destruyó Dios esta república no había justos que perciesen con los injustos y pecadores; y que todos eran malos, y como malos pagaron y a aquellos que eran buenos los libró Dios y sacó de aquel incendio y fuego, que en castigo de sus culpas y pecados, enviaba sobre ellos. De lo cual se sigue, que las aguas del Diluvio, que fueron castigo de pecados, tragaron y sorbieron todos los pecadores, sin reservar más de aquellos justos y amigos de Dios, que en el Arca se salvaron.

Y por lo dicho parece quedar suficientemente probado que los que entonces había eran malos y pecadores, así los descendientes de Caín, como los que venían por la línea de Seth. Los cuales ya estaban depravados en costumbres, como los descendientes de Caín, cuyas hijas amaron y recibieron por mujeres (y éstos son los que llama la Sagrada Escritura, hijos de Dios), conviene a saber, hijos de Seth y Enós, según San Juan Chrisóstomo,¹²

¹¹ Genes. 18.

¹² Div. Chrysost. homil. 22. in Genes.

San Agustín,¹³ Cyrilo,¹⁴ Theodoreto,¹⁵ Casiano,¹⁶ Ruperto,¹⁷ y Santo Tomás,¹⁸ cuya opinión nota y aprueba Pererio.¹⁹ De aquí tuvo origen el Diluvio con el cual perecieron todos los hombres y los que habían inventado la ido, latría. El cual pasado, y comenzando a crecer de nuevo la gente que había de hinchar otra vez el mundo, volvió a tener origen esta mala roña, como cosa que tanto pretendía el demonio introducir entre los hombres, para ver ensalzado su nombre y abatido el de Dios, según su falso intento, aunque Dios en sí mismo no puede ser abatido, sino en cuanto el conocimiento depravado de el hombre, que le quita su gloria por darla a la criatura. Y así pienso y tengo para mí, que aciertan mucho los que dicen que antes del Diluvio comenzó el pernicioso error y roña de la idolatría en el mundo.²⁰

Y para creer que se entiende de la idolatría de aquel tiempo, se prueba con decir que hay dos maneras de pecados; una, de los que son directa y derechamente contra Dios; y otros, de recudida y por transversal manera. Los que de recudida son contra Dios: son hurtar, tomar la mujer ajena, matar y otros semejantes. Estas cosas son pecado, porque Dios manda en su ley, que no se hagan, por ser en ofensa del prójimo, de cuyos actos recibe pernicioso daño; pero negar a Dios y robarle su gloria y honra, es pecado derechamente contra él, por cuanto se le usurpan sus propios y legítimos bienes; y así, en esto segundo, recibe más agravio y ofensa que en lo primero, porque esto es contra su propia honra y es otro contra la del prójimo. Y así, en lo primero, cuando se comete, más manchado y amancillado queda su santísimo nombre que en lo segundo; por cuanto lo uno es en sí mismo, y lo otro en persona ajena. Y el daño que el prójimo recibe de otro, no amancilla a Dios ni le mancha su autoridad y nombre, aunque le ofende, por ser quebrantamiento de su ley; pero usurparle su gloria y darla a su criatura, esto sí amancilla y mancha su honra, porque cae en sí mismo y no sólo contra su mandamiento, diciendo: no recibirás dioses ajenos, sino contra el ser y esencia de esa misma honra divina suya,²¹ de quien dice: mi gloria no la doy a nadie, porque para mí solo la reservo.²²

Y tenemos suficiente averiguación de nuestro intento, con lo que de ello siente el doctísimo Genebrardo, el cual en el libro primero de su *Cronicón*, hablando de aquel primero siglo de los hombres, dice de Enoch, que dejó profetizado el juicio universal que había de ser hecho sobre los idólatras de aquellos tiempos, que eran los cainitas, descendientes del perverso Caín. Los cuales habían seguido la herejía y error de decir, que no había juicio futuro y que Dios no tenía a su cargo el cuidado y providencia de las cosas humanas. Y ésta fue la causa: (según él mismo y el dicho de los hebreos)

¹³ Div. Aug. lib. 15. de Civit. Dei. cap. 23.

¹⁴ Cirilo lib. 9. contra Iul.

¹⁵ Theodoreto. q. 47. in Genes.

¹⁶ Casiano coll. 8. cap. 21.

¹⁷ Ruperto lib. 4. in Genes. cap. 12.

¹⁸ Div. Thom. 1. p. q. 51. art. ult.

¹⁹ Perer. in Genes lib. 8. cap. 4.

²⁰ R. Maimon. de Idolatr.

²¹ Exod. 20.

²² Isai. 42.

porque mató Caín a su inocente hermano Abel, porque afirmando esto Caín, se lo contradijo el buen Abel; y decía ser Dios el que todo lo veía, proveía y conservaba con su infinito poder. Y lo que profetizó y dejó escrito contra las idolatrías y cultores del demonio, se halla doctamente escrito en Tertuliano, en el *Libro de idolatría*, por estas palabras: yo juro a vosotros, pecadores, que en el día de la sangre y perdición os está aparejado un gran castigo. A vosotros digo, pecadores, que servistes a las piedras y que hacéis imágenes de oro y plata, de palo y barro y servistes a las fantasmas y demonios y espíritus infames y a todos los errores, no siguiendo la razón; y así, no seréis dignos de ningún favor, ni auxilio. Y desde entonces (dice peritísimamente Genebrardo, acotando al mismo Tertuliano en el mismo lugar sobredicho) indujo el demonio oficiales y hombres diestros en hacer ídolos que fuesen adorados. Y que sea verdad que el santo patriarca Enoch dejase profetizado el juicio universal, claro es, pues lo afirma el apóstol San Judas Thadeo, en su *Epístola canónica*,²³ y es de fe creerlo; y quien dijo el juicio que había de ser hecho sobre los malos y pecadores, es de creer que diría las causas o a lo menos vería las que lo podían ser tan de tan gran castigo, las cuales fueron las referidas. Esto se prueba más eficazmente, con decir los hebreos (en especial Rabí Salomón) que Jabel, hijo de Lamech, inventó los tentorios, que son los tabernáculos y tiendas de campo que se arman de velas y lienzos encerados para el reparo de los soles y abrigo de los fríos y tempestades, y que uno de sus intentos en hacer esta manera de casa, fue poner ídolos en ella. Y de Tubal dicen que inventó la música, para cantar y tañer en la presencia de ellos.²⁴

Esto refiere el doctísimo Lira, en la exposición del capítulo 4 del *Génesis*; y tratando de Enós, hijo de Seth, dice, que enseñado e industriado de su padre, que era justo, halló manera y traza de alabar y engrandecer a Dios con palabras devotas; y éstas eran con particular devoción y pronunciación, como ya hemos dicho, y dan la razón, diciendo que porque ya en aquellos tiempos los hombres atribuían al sol y a la luna y a las estrellas y a los ídolos, el nombre de Dios, lo cual no era hecho por Enós y los de su familia, sino por Caín y sus descendientes. Esta razón contradice el Burgense, en la adición nona, que hace a este capítulo cuarto, pareciéndole que no es posible que suene la palabra hebrea sentido contrario a la invocación de Dios; y dice que ¿cómo es posible que decir: éste comenzó a invocar el nombre de Dios, quiera decir: comenzó a idolatrar? Porque a ser así en todas las partes adonde en la Sagrada Escritura se pone, sonará lo mismo, lo cual es falso, porque en el capítulo doce y catorce del *Génesis*, se dice del patriarca Abraham, que invocó el nombre del Señor, y sabemos que no idolatró. Demás (dice el Burgense) que según Santo Tomás,²⁵ en aquellos primeros tiempos del mundo, no hubo idolatría, por razón de la fresca memoria que había en los hombres de aquellos siglos de la creación del mundo, y vivía entre ellos el conocimiento de un solo Dios.

²³ Epist. Iudae, vers. 15.

²⁴ Genes. 4.

²⁵ Div. Thom. 2. 2. q. 94.

Pero esta razón del Burgense contradice doctamente el padre fray Mathías de Doring, y prueba poder significar el verbo, lo uno y lo otro; conviene a saber, que suene en buena y en mala parte, y esto lo comprueba diciendo que también dijo el profeta de su pueblo: este pueblo con los labios me honra; y en otra parte: cuando multiplicáredes vuestras oraciones, no las oiré; lo cual, aunque parece que es oración y rogativa hecha a Dios, esta deprecación no suena en buena parte, sino en mala, porque es queja, con que Dios se queja de los falsos oradores; y que por una parte le están orando y alabando, y por otra, menospreciando y ofendiendo; y lo mismo puede sonar la palabra hebrea, conviene a saber, invocar y menospreciar. Pero hase de entender esto en diversas personas, como lo coligió sabiamente el acutísimo Oleastro, diciendo: cuando los hombres comenzaron a profanar y a mancillar el nombre del todo poderoso Dios, comenzó también Enós a honrarlo y estimarlo, con particulares servicios, en contradicción de los hombres malos, pecadores e idólatras, que ya lo menospreciaban entonces. Ni tampoco el dicho de Santo Thomás (dice el padre fray Mathías de Doring) es concluyente, porque si la memoria fresca y reciente de la creación del mundo les hacía abstener de la idolatría por más de mil años, también el castigo severo que hizo en los hombres, ahogándolos en el Diluvio, los había de tener espantados y temerosos para no pecar por otros muchos más; pero según sentencia de todos los que hablan sabia y doctamente, sabemos que a muy pocos años después del Diluvio comenzaron a idolatrar. Luego si esta memoria no les atemorizó, para incurrir en pecado tan grave, tampoco la memoria de la creación sería parte para detenerlos en esta maldad. Con esto se responde al Abulense,²⁶ que también lo niega, con razones muy concluyentes, en la cuestión trece, que hace al capítulo cuarto de el *Génesis*, donde dice que Abenreth, después del Diluvio, adoró el fuego en Caldea y enseñó a los hombres esta idolatría; y que Afirofene hizo imágenes y estatuas en Egipto, como lo dicen Isidoro y Eusebio. Lo cual concedemos, pero eso en ninguna manera contradice otro cualquiera género de idolatría que antes hubiese, como ya dejamos probado bastantísimamente ser de la adoración del sol, luna y estrellas y otras criaturas. Y quiero concluir este capítulo con las mismas palabras de Oleastro para mayor fuerza de nuestra razón, diciendo que en el tiempo que vivían Caín y Abel, su hermano y Adán, su padre, era invocado el nombre de el Señor; pero que muerto el inocente Abel, como ya el perverso Caín se hubiese apartado de Dios y le tuviese por cruel castigador, no se curaba de invocarle, ni llamarle en nada. Y de esta manera fue corriendo por los de su casta y descendencia; pero después, naciendo Seth, tercero hijo de Adán, hombre bueno, y teniendo generación y hijos, fue el nombre de Dios invocado, el cual estaba ya olvidado por los hombres que se habían convertido a la idolatría. Éstas son palabras formales del doctísimo Oleastro. De manera que ya entonces había idolatría y hombres idólatras que la reconocían y seguían.

²⁶ Abulens. in 4. Genes. q. 13.

Demás del Abulense y Burgense niega esto Dionisio Cartujano, teniendo por caso necio sentir que así fuese, fundado en lo que Santo Thomás, doctor Angélico, dice en su *Secunda Secundæ*. Y Martín Delrío lo tiene por falso, por parecerle que es superfluidad repetir el verbo hebreo (*chalal*) en dos significaciones; es a saber, de invocar el nombre de el verdadero Dios y de amancillar y mancharlo con adoración contraria hecha a la idolatría, o cosa que idolátrica y falsamente se adora. Pero no controviniendo ni contendiendo con estos varones doctos, sino diciendo en favor de mi historia lo que siento, digo que no me parece de inconveniente que esta palabra hebrea se pueda entender en un significado y otro, pues se dice, respecto de actos contrarios, significando el mismo verbo lo uno y lo otro. Y si no hubiera entonces idolatría, pregunto ¿a qué propósito el Parafrasis Caldaico²⁷ había de decir, entonces en sus días (es a saber, de Enós) comenzaron los hijos de los hombres a no orar en el nombre del Señor?, que es decir que comenzaron a olvidarse de la invocación del nombre de Dios. Porque si no había acto contrario que obligase, no habría tampoco ocasión que se moviese a usar de aquel significado. Luego bien se sigue, que si dice que comenzaron a no invocar el nombre del Señor; que había gente que de él se olvidaba. Y siendo como es la adoración y conocimiento de Dios natural al hombre (como dejamos probado, aunque no con acto distinto, sino confuso), síguese necesariamente que estos hombres que se olvidaban del verdadero Dios, tuviesen esta adoración, no en cuanto era idolatría, sino en cuanto era acción y acto a que la misma inclinación natural los movía y llevaba. Y así se verifica bien el un significado de esta palabra (*chalal*) que es ser amancillado y ensuciado el nombre del Señor, con falso culto y adoración que hacían a las criaturas los que se la negaban a Dios verdadero. Y esto se comprueba con decir el sagrado texto, que Enós comenzó a invocar a Dios, que según todos los hombres doctos que declaran este lugar fue con invocaciones públicas, como dejamos dicho, con oraciones solemnes y levantamiento de aras y altares y otras ceremonias públicas con que provocaba a los hombres a mayor devoción y a más fervor del culto divino; como dando a entender en esto que la adoración que él hacía y doctrina que enseñaba no era falsa, sino muy santa y verdadera y la necesaria para la salud y salvación de los hombres, contradiciendo con ella la falsa y mentirosa que los hijos de Caín habían inventado. Y a esto parece que ayuda decirse en la historia escolástica (como lo refiere con razones evidentes el mismo Dionisio) que este mismo Enós hizo imágenes para el servicio y culto de Dios, y para despertar e incitar la memoria de los hombres olvidados ya de Dios; y no para adorarlas, sino para sólo este fin de despertarlos del sueño en que dormían acerca del olvido de esta verdadera adoración de Dios verdadero. Y esto mismo siente Hugo Cardenal en este mismo lugar. Y así diremos, que cuando los unos comenzaban a ultrajar el nombre de Dios, Enós y los suyos lo honraban con invocación y reverencia pública, confesando con públicas ceremonias lo que los idólatras negaban convertidos a su idolatría.

²⁷ Onkelos in Paraphr. Chald.

Aquí añade el padre fray Alonso de Mendoza agustiniano, en sus cuodlibetos,²⁸ que como este Enós era varón religioso y santo y comenzó a hacer imágenes para el culto divino, de aquí tomaron ocasión otros de hacerlas para la idolatría, las cuales adoraban por dioses. Y que de aquí se sigue (prosigue luego) lo que dicen otros, que entonces comenzó el nombre del Señor a ser profanado, que es haber atribuido el nombre del verdadero Dios a los falsos ídolos, porque entonces comenzó esta idolatría; así lo sienten Lipómano,²⁹ y Honcaya,³⁰ y Istella,³¹ en el mismo lugar; y cuadra mucho esta interpretación (dice luego Mendoza), porque desde el tiempo de este santo Enós, comenzaron con mucho atrevimiento los hombres a dejar a Dios y a ofenderle antes que a temerle, ni adorarle, y por esta causa se siguió luego el Diluvio; esto sintió el Valentino sobre el psalmo ciento y cuarenta y cuatro, diciendo que fuera de la casa y familia de Noé, no se lee de ninguno que hubiese hasta el tiempo de Abraham que sirviese a Dios verdadero; aunque como lo deduce el glorioso padre San Agustín,³² por todo el discurso de tiempo, desde sus principios hubo gente santa, en la cual se fue conservando y continuando la Iglesia; y así conciliamos esto con lo pasado, diciendo que esto y estotro comenzó en tiempo de Enós con mayor demostración (es a saber) en Enós y los que le seguían, con la manera y culto público ya dicho; y en los idólatras y hombres malos, con mayor libertad y atrevimiento; de manera que no habiendo cosa contraria que haga oposición a esta sentencia, digo que la idolatría comenzó antes del Diluvio, como dejamos probado, y lo dicen los hombres doctos que en esta conformidad dejo citados.

CAPÍTULO VI. Cómo después de el Diluvio prosiguió en el mundo la maldad y pecado de la idolatría, extendiéndose por él casi universalmente, y de cómo se halló muy en su punto en estos indios occidentales



ORRIENDO ADELANTE CON EL PROPOSITO PASADO de el origen y principio de la idolatría, que (como queda probado en el capítulo antecedente) comenzó en los primeros años del mundo, de la cual y de las demás maldades de los hombres tuvo origen el Diluvio, en el cual perecieron todos los inventores de ella, en cuyas aguas fueron anegados y muertos; después del cual, creciendo otra vez las gentes que nacieron de Noé y sus tres hijos, volvió a pegarse esta mala roña en los corazones de los hombres, como cosa que el demonio apetecía en ellos para apartarlos de Dios y hacerlos tributarios suyos; esto fue a los trescientos y cincuenta años des-

²⁸ Mendoza, q. 7. possit.

²⁹ Lipomano in catena aurea in Genes. cap. 4.

³⁰ Honcaya, ibid.

³¹ Istella, ibid.

³² Div. Aug. lib. 16 de Civit. Dei cap. 12.